

D-12990.02

nto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social  
ES UNIDAS-CEPAL-PNUD GOBIERNOS DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE



ILPES

Latin American and Caribbean Institute for Economic and Social Planning  
UNITED NATIONS-ECLAC-UNDP LATIN AMERICAN AND CARIBBEAN GOVERNMENTS

Institut Latino-Américain et des Caraïbes de Planification Economique et Sociale  
NATIONS UNIES-CEPALC-PNUD GOUVERNEMENTS DE L'AMERIQUE LATINE ET DES CARAIBES

Documento de Sala de Conferencia N°2

EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACION URUGUAYA  
TREINTA AÑOS DESPUES

Del envejecimiento "normal" al envejecimiento "perverso"

Aldo SOLARI



900033082 - BIBLIOTECA CEPAL





EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACION URUGUAYA TREINTA AÑOS DESPUES \*/

Del envejecimiento "normal" al envejecimiento "perverso"

(Versión preliminar)

\*/ Este documento fue preparado por el Señor Aldo SOLARI, Vicepresidente del Consejo Directivo Central, Administración Nacional de la Educación Pública, Uruguay. Las opiniones expresadas en este trabajo son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las del Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES).

87-8-1051

- 130959 -



El envejecimiento de la población uruguaya treinta años después.

Del envejecimiento "normal" al envejecimiento "perverso":

1.- Hace treinta años escribí un artículo sobre el envejecimiento de la población uruguaya que fue publicado en la Revista Mexicana de Sociología y en el desaparecido Boletín del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales de Río de Janeiro. Creo haya sido el primer trabajo sobre el tema relativo a un país de América Latina y ciertamente fue el primero que haya visto la luz sobre el Uruguay. Lo escribí en circunstancias un tanto especiales ya que el último censo databa de 1908 y pasarían seis años más antes de que se realizara el de 1963. Mi fuente de datos fueron estimaciones de la Comisión de Población de las Naciones Unidas (1) que tuve oportunidad de examinar mientras hacía mis estudios de post-grado en París que incluían un "stage" en el Instituto Nacional de Estudios Demográficos, dirigido entonces por Alfredo Sauvy. El Instituto contaba entre su personal a uno de los mayores especialistas de la época, el Profesor Jean Daric. Luego de analizar las cifras de las Naciones Unidas pensé que la importancia del problema merecía un artículo que al menos cumpliera la función de llamar la atención sobre él y, como era obvio, resolví consultarlo. Refiero este episodio, anecdótico, para recordar la reacción de Daric que fue la de manifestarme que era imposible que un país de América Latina pudiera enfrentar el problema del envejecimiento a corto ni a mediano plazo. Le hice notar que, a parte de las estimaciones de la División de Población, era un hecho indudable la baja tasa de natalidad del Uruguay y el de que su caída había comenzado varias décadas antes. Aunque no quedó muy convencido me proporcionó una abundante bibliografía y una serie de sugerencias que me fueron muy útiles. En el Uruguay, el artículo fue prácticamente ignorado y recién con los resultados del censo de 1963 se comenzó a adquirir conciencia del problema, lo que le dio algunos, no muchos, lectores.

El hecho de que el Uruguay haya pasado 55 años sin hacer un censo, de que todavía hoy no exista la enseñanza formal de la demografía, la casi total ausencia de trabajos que analicen los resultados de los censos son algunos de los indicadores que confluyen en una misma dirección: la falta de conciencia de la importancia de los problemas demográficos característicos del país.

2.- Conviene recordar, por sabido que sea, que el envejecimiento de una sociedad es un fenómeno diferente al de los individuos. En estos, puede decirse que comienza con el nacimiento y es irreversible. En las sociedades, depende de una serie de factores y ellas pueden rejuvenecerse, aunque sea difícil, si la natalidad aumenta como ocurrió en Europa en la inmediata postguerra o si reciben importantes contingentes de inmigrantes jóvenes. Es del envejecimiento de la sociedad uruguaya que aquí nos ocupamos. Se trata de un fenómeno de enorme importancia por su magnitud y por el extraordinario ritmo en el que aumenta. Se ha señalado (2) que la población de los Estados Unidos de América ha visto doblarse la proporción de mayores de 65 años en los últimos 35 años y que ello volverá a ocurrir en los próximos 35. Como se verá el ritmo es mucho más acelerado en el Uruguay.

3.- El censo de 1963 mostró que las personas de 60 años y más eran el 11.6% de la población total; la de 65 y más el 7.6%; que los primeros eran casi un quinto (19.3%) de la población en edad activa y equivalían al 41.2% de la población menor de 15 años. Estas cifras son algo inferiores a las estimaciones de las Naciones Unidas en su hipótesis media y muy análogas a la estimación baja. Indican un envejecimiento muy superior al de aquellos países de América Latina que pueden considerarse en la categoría de los "envejecidos".

Las diferencias regionales existen, pero como cabe esperar de un país pequeño, con una población muy homogénea y comportamientos reproductivos muy similares (3) no son de mayor significación. Así la población de Montevideo es más envejecida que la del resto del país; los mayores

de 60 años son el 12.5% (contra el 11.6% de la población en general) y las de 65 años el 8.0 (contra el 7.6%).

En cambio, tienen una importancia considerable las diferencias de sexo. Dentro de la población masculina los mayores de 60 años son el 10.9% y los de 65 el 6.9%, mientras que en la población femenina los porcentajes -- son 12.3% y 8.3% respectivamente, debido a la mayor expectativa de vida de las mujeres. Estas diferencias son más importantes que las regionales y plantean una serie de problemas que se considerarán más adelante.

El censo de 1963 registra lo que podría llamarse un envejecimiento normal en una sociedad con bajas tasas de natalidad aparecidas mucho tiempo atrás.

En el quinquenio 1910-1914, que corresponde a las -- personas que en 1963 tenían más de 50 años la natalidad era de 36.7%, todavía relativamente alta aunque ya baja para los promedios de América Latina. Pero a comienzos de la década del 30 ya había caído a alrededor de 23, a lo que sigue una baja enorme en los años de la crisis. A partir de los 40 la tasa se sitúa en solamente en un poco más de 20 para continuar luego descendiendo lentamente -- hasta el 18.0 actual. Nunca hubo "baby boom", solo una lenta declinación, la única posible, después que se llegara a niveles tan bajos.

¿Cómo se explica esa caída de la natalidad tan fuerte y tan temprana? Fué común durante mucho tiempo sostener que la caída de la natalidad es una de las consecuencias de la industrialización. Actualmente se tiende a estar de acuerdo acerca de que ese comportamiento reproductivo novedoso precedió a la industrialización. Lesthaeghe (4) piensa que es el principio de libertad individual que ha dominado las transformaciones de los dos últimos siglos -- en el Oeste lo que explica el pasaje de la preocupación por la cantidad de niños a la calidad de su formación que -- Aries había señalado. Piensa que no es una mera coincidencia el que los dos países que sufrieron revoluciones basadas en los principios del iluminismo, Francia y Estados Unidos, hayan sido los primeros en los que el control de la fecundidad empezó más temprano.

Es razonable creer que factores similares actuaron en

el Uruguay. Si bien es cierto que, comparado con el -- resto de América Latina, el proceso de industrialización es más antiguo, también lo es que sus alcances eran limitadísimos cuando comenzó la caída de la natalidad. En cambio, el proceso de laicización del país, la disminu-- ción de la influencia del catolicismo comienzan muy tempranamente y con una gran intensidad. En ambos aspectos, la situación del país no tiene par en América Latina.

Estas reflexiones no significan negar toda influencia a los factores económicos. Cuando ella se nota, no está, sin embargo, relacionada con la industrialización, sino con la crisis económica. Esta significa, entre otras cosas, una caída en el crecimiento de la industrialización, lo que de tener efectos tendrían que ser favorables a la natalidad según la tesis tradicional. Pero la natalidad disminuye notablemente durante, por ejemplo, la crisis de 1930, como llega a los límites de la no reproducción poblacional en los últimos años. La conciencia de la crisis, en un país con los valores señalados, se traduce en que la prioridad de la calidad de vida que se puede asegurar a los niños se traduce en un control más intenso de la natalidad. Es por ello que los programas de planificación familiar que desde la década del 60 se han practicado en el Uruguay han tenido un efecto enorme sobre la disminución del número de abortos, pero no sobre la tasa de natalidad.

Como es bien sabido la caída de las tasas de natalidad es, supuestas las demás condiciones iguales, la causa principal del envejecimiento. Su antigüedad y su persistencia dan cuenta de la magnitud del fenómeno tal como lo registra el censo de 1963. También los progresos de la medicina y el aumento de la esperanza de vida ejercen su papel. Estos y otros factores explican el hecho de que la población femenina muestra tasas de envejecimiento bastante superiores a la masculina como se ha visto. Cabe agregar que en el grupo de 75 a 79, las mujeres son un 29% más que los varones, en el de 80 a 84 el 53% más, en el de 85 a 89 llegan al 83% más y a partir de 90 la población femenina es bastante más del doble de la masculina.

4.- El censo de 1975 registra una notable aceleración del

envejecimiento en el corto lapso de 12 años. Los mayores de 60 pasan del 11.6% al 14.3%, los de 65 y más del 7.5% al 9.8%. En Estados Unidos de Norteamérica se necesitan 15 años, entre 1950 y 1965 para pasar del 8.1% al 9.5% de mayores de 65 años. El Uruguay pasó del 7.6 a 9.8 en 12 años. En el primer caso tenemos un aumento de la tasa -- del 23%; en el segundo del 29%. Las personas de 60 y más pasaron de ser el 19.3% de la población en edad activa al 24.4% y del 41.2% al 53.1% de los menores de 15 años. Las diferencias regionales se acentúan algo, los de 60 y más son el 16.0% en la población de Montevideo contra el 14.3 para la población general. En cambio, las diferencias en tre los sexos se acentúan mucho más. Los de 60 y más son el 13.1% de la población masculina y el 15.5 de la femeni na; para los de 65 y más porcentajes son el 8.7% y el - 10.8% respectivamente. En el grupo de 75 a 79 las muje-- res pasan a ser el 38.5% más que los varones, respecto al 29% que eran en el censo de 1963 y ya son más del doble - en la cohorte de 85 a 89; en tanto que en 1963 solo empe-- zaban a serlo a partir de los 90.

5.- Esa notable aceleración del envejecimiento ya no expli ca solo por la caída de la natalidad; se debe, princi palmente, a la enorme emigración que se produce entre 1963 y 1975 y continúa después. Es ella la que da cuenta tam-- bién del casi nulo crecimiento de la población total que pasa de 2.595.674 a 2.788.429 un crecimiento del 7.5%. Así como solo aumentó un 5.1% entre los censos de 1975 a 1985. Tan importante como la magnitud de esa emigración; sobre - la cual hay diversas estimaciones, pero que debe haber osci lado entre 1963 y 1985 alrededor de las 300.000 personas, - lo es el que afecta sobre todo a las edades jóvenes. En - ese sentido el censo de 1975 testimonia lo que he menciona do en el subtítulo de este trabajo, de un envejecimiento - "perverso". A todas las difíciles cuestiones que plantea el envejecimiento normal, se agrega un fenómeno que reduce drásticamente los grupos más jóvenes de la población acti va. El total de la población crece un 7.5% entre 1963 y; 1975; pero el tramo de edad entre 30 y 39 disminuye en un 9%, 9.9% en la población masculina y 8.2% en la femenina; en tanto que las de 60 y más crece en un 34%; los de 65 y más

en un 39% y los de 70 y más en un 43%. Ni siquiera es dable esperar rejuvenecimientos futuros, los menores de 10 años son muy pocos menos, pero menos, en el censo de 1975 que los que eran en 1963.

Estos datos indican que la emigración fue selectiva - también por sexos, en una relación del orden de 55% de varones y 45% de mujeres. Este y otros factores hacen que el índice de masculinidad haya bajado constantemente. Era 98.9 en 1963, 96.5 en 1975 y 94.6 en el censo de 1985.

Puede tomarse otro indicador. En 1963 los comprendidos en el tramo de 50 a 59 eran el 8.6% del total de la - población en edad activa, entre 55 y 59 eran el 3.9%. En 1975 los primeros pasaron a ser el 17.8%; los segundos el 8.1%, más del doble en ambos casos en términos porcentuales. El envejecimiento de la población en edad activa es verdaderamente extraordinario cuando se piensa que algo - más de 1 de cada 6 tienen más de 50 años y que a ese extremo se ha llegado en a penas 12 años.

6.- Las consecuencias sociales del envejecimiento son múltiples, por más que se haya discutido y se discuta sobre su exacta significación. Generalmente se admite que la primera consecuencia del envejecimiento es el aumento de la carga que pesa sobre la población activa. Sobre todo si se considera, como se ha dicho acertadamente "que la agudeza de los problemas de la vejez deriva no solamente del aumento constante de la proporción de viejos, sino también de un proceso continuo de urbanización" (5). En el medio rural el hombre se retira de la actividad a edad más tardía, ese retiro se puede hacer gradualmente conservando tareas adaptadas a su edad; es más llevadero mantenerlo en unidades familiares relativamente extensas que tienden a desaparecer en las grandes ciudades, etc.

Ahora bien, el Uruguay es un país altamente urbanizado por cualquier criterio que se utilice. En las ciudades de 10.000 habitantes y más vive el 73.4% de la población que registra el Censo de 1985; el 65% lo hace en ciudades de 20.000 habitantes y más. Por otro lado la población que vive en núcleos de menos de 200 habitantes y la población dispersa solo alcanza al 13.5%.

Este fenómeno de urbanización se caracteriza, sobre todo, por su concentración en Montevideo, única ciudad que tiene más de un millón de habitantes. Ninguna otra llega a los 100.000 y solo hay 4 entre 50.000 y esa cifra. Montevideo aparece así teniendo el 42.6% de la población total. Con lo alta que es, esta cifra es engañosa, porque no incluye a los núcleos urbanos que, fuera del departamento de Montevideo, forman realmente parte de la capital en la actualidad. Incluyendo los más claramente en esa situación se llega a que Montevideo alcanza al 46.2% del total nacional y a bastante más de la mitad de la población urbana.

Las consecuencias del envejecimiento acelerado se agravan, pues, por el alto índice de urbanización.

7.- Se ha discutido mucho acerca de hasta donde es verdad - que el envejecimiento aumenta la carga de la población activa.

Hace muchos años Gini sostuvo, agudamente, que las consecuencias del envejecimiento son menos graves que lo que - generalmente se cree por "que en las edades elevadas, la eficacia de las facultades humanas es proporcional a la esperanza de vida" (6) y, como ésta ha aumentado, habría que -- comparar las que hoy tienen más de 65 años con los que tenían más de 60 hace un tiempo. Recientemente se ha reiterado este punto de vista diciendo que debería adoptarse el -- concepto del tercer cuarto de la vida como más realista que los 60 o 65 años puesto que iría variando con el aumento de la esperanza de vida (7).

El postulado del que parte Gini puede ser verdadero, aun que estrictamente indemostrable según admitía, pero el problema subsiste igualmente. Las personas de más de 60 o de más de 65 años son algo más que una mera categoría estadística. Constituyen una dimensión de la cultura social que es la que da a ese número de años una significación determinada: la edad a los que los miembros de la sociedad tienen derecho a dejar la vida activa si así lo desean. Esa opinión colectiva influye decisivamente sobre los límites a partir de los cuales las normas jurídicas establecen ese derecho. Es ingenuo creer que aunque existan mayores posibilidades de actividad, desde el punto de vista fisiológico, ello hará variar - lo que podría llamarse el límite social. Por un lado, la -- creencia colectiva acerca de la edad de retiro está ligada - a creencias sobre el quantum de vida activa que la sociedad - tiene derecho a exigir a sus integrantes. En una sociedad - como la uruguayana casi todos han empezado a trabajar alrededor de los 20 años. A los 60, llevan 40 años en actividad. La inmensa mayoría piensa que no es justo exigirle más o mucho más. Aún suponiendo que el argumento del aumento de la esperanza de vida y su concomitante en la capacidad de trabajar llegara a penetrar en la conciencia social no dejaría de enfrentarse y de hecho se enfrenta a otro: el derecho a disfrutar del retiro en buenas condiciones físicas. Se piensa que tampoco es justo que la sociedad exija que sus integrantes pasen a retiro cuando les queda poca esperanza de vida y, sobre todo, poca probabilidad de una vida más o menos plena.

Estas consideraciones explican la paradoja de que, en muchos países desarrollados, la recesión ha hecho disminuir en términos reales las prestaciones jubilatorias y, al mismo tiempo, la edad promedio de retiro se ha mantenido o disminuido.

El Uruguay es típico en la materia. Durante el sostenido aumento de la esperanza de vida que se da en las décadas del 50 y el 60, diversos grupos sociales apoyándose en las más variadas razones obtienen regímenes jubilatorios especiales que, entre otras cosas, implican disminuir la edad mínima para retirarse, lejos de aumentarla. Aunque la expectativa de vida es mucho mayor en las mujeres que en los varones aquellas pueden dejar la vida activa 5 años antes. Todo esto, acompañado por el envejecimiento, hace que en la actualidad no llegue a haber dos activos por cada pasivo. Un nuevo proyecto de ley, actualmente a consideración del parlamento, aumenta las edades mínimas para jubilarse con la totalidad de los derechos o, dicho de otra manera, las edades mínimas anteriores se mantienen, pero la jubilación, tomada cuando se llega a ellas, tiene un descuento. Este es uno de los aspectos que ha levantado más resistencias y numerosos editoriales en la prensa testimonias de ella.

Cabe agregar que no se perciben, resistencias mayores de parte de la población activa que parece reconocer el derecho de sus predecesores a la espera de ejercerlo ella mismas.

Es por tanto innegable que la carga que pesa sobre la población económicamente activa tiende a aumentar y que se plantea y continuará planteándose en el futuro una muy seria cuestión de equidad en la distribución de los costos sociales, entre los distintos grupos etarios.

8.- De todas maneras, un número tan elevado de jubilados, en una economía carente de dinamismos, por más importante que sean las transferencias de rentas generales a la seguridad social que se verán más adelante, solo es compatible con que la gran mayoría perciba ingresos muy bajos. Como consecuencia, una gran cantidad de jubilados, por imposibilidad de vivir con sus asignaciones, trabajan de hecho, aunque ocultamente. La pasividad es una parte de sus entradas. Pero por esa misma razón el jubilado tiende a realizar tareas por

remuneraciones muy inferiores a las que puede aceptar un integrante de la población activa de pleno derecho, por decirlo así. El sistema tiende entonces, no solamente a significar una carga muy pesada para la población activa por su costo, a no dar satisfacción a las legítimas aspiraciones del que realmente se retira después de muchos años de actividad, sino todavía a distorsionar el cuadro de la población efectivamente activa.

Puede alegarse, sin embargo, que esta frecuencia de la condición de jubilado con otra actividad disminuye la carga mencionada antes. Pero esa disminución es muy pequeña. Las altas tasas de desocupación conspiran contra la generalización de esa posibilidad y, de todos modos, sea cual fuere la disminución en un punto de partida dado, el envejecimiento agravaría los problemas.

9.- El problema tiende a acentuarse por la gran importancia del sector terciario en el Uruguay que se acerca a los dos tercios de la población activa. Promedialmente, la entrada efectiva en actividad es mucho más tardía en ese sector que en los demás. El ingreso a la actividad a los 15 años es muy escasa en el terciario, si bien la recesión económica ha tenido el efecto de aumentarla.

10.- Desde el punto de vista estrictamente demográfico un solo argumento permitiría sostener que el problema es menos grave en el Uruguay que en otros países. Si se admite la llamada ley de Sunbarg según la cual los cambios en las proporciones de los grupos etarios no alteran el porcentaje de la población en edad activa, que se sitúa siempre alrededor del 50%, y se recuerda que en el censo de 1975 el mismo es del 58.7% se sigue que, en ese aspecto la cuestión es menos seria. Sin embargo, a parte de que esa proporción viene disminuyendo, era el 60.2% en 1963, de todos modos el peso de la población inactiva sigue aumentando. Un porcentaje decreciente de activos debe mantener a uno de inactivos en aumento.

11.- Otro efecto importante es el envejecimiento de la población activa misma agravado, como se ha visto, por la enorme emigración selectiva por edades que se ha producido, lo que se manifiesta en el fenómeno que a veces se ha llamado de

la viscosidad de la mano de obra. En general los trabajadores tienen resistencias a cambiar de ocupación salvo, como es lógico, cuando el cambio implica un aumento importante de los ingresos. En el Uruguay los efectos de una vieja crisis económica hacen que ésta última posibilidad se haga cada vez más rara y que, prácticamente, solo estén presentes las resistencias al cambio agravadas por la edad. Ahora bien, una serie de causas hace que, en el mundo actual, sean cada vez más necesarias las transferencias inter e intrasectoriales de la mano de obra. En ese sentido el envejecimiento tiene un efecto conservador sobre la evolución de las estructuras económicas. Podrían multiplicarse los ejemplos de los ensayos que se han hecho y se hacen en el país para mantenerse no ya en la misma ocupación sino en la misma empresa. Esos ensayos tienen siempre un alto costo. Cuando son exitosos el mismo se reflejará en el funcionamiento de la economía, cuando fracasen en los trabajadores que pierden, muy a menudo en forma definitiva, su ocupación. Los activos de más de 50 años que son tantos, difícilmente encontrarán un nuevo puesto de trabajo si pierden el que tienen.

12 .- En un trabajo de la naturaleza del presente sería difícil discutir a fondo otras influencias de carácter económico que se pueden atribuir al envejecimiento y/o a su causa fundamental: la declinación de la natalidad. Me refiero a las influencias que podrían llamarse de carácter general sobre el desarrollo económico, sobre las cuales ha insistido tanto, por ejemplo, Alfred Sauvy. Para ese autor, el espíritu de creación, de empresa y de inversiones no es compatible con la esterilidad demográfica de una población estacionaria o declinante. Pese a que las inversiones demográficas serían en este caso menores, lo que parecería favorecer la posibilidad de las inversiones económicas y el desarrollo, es el fenómeno contrario el que se produce. Esta teoría pone en discusión tantos problemas, implica, en el fondo, toda una explicación general del desarrollo económico, que sería imposible considerar aquí todas sus implicaciones o discutir sus posibles exageraciones. Pero vale la pena notar que el espíritu que Sauvy gusta llamar malthusiano y algunas de sus consecuencias, son bastante claras en el Uruguay. La falta de inversiones suficientemente importantes; la declinación -

de la infraestructura hasta un punto vecino a la descapitalización del país; la adopción de medidas legislativas y gubernamentales que tienden a proteger y conservar la situación de ciertos grupos de productores marginales en detrimento -- del interés económico nacional y del avance de la productividad; en el terreno psicosocial, un claro esfuerzo por conservar las viejas estructuras, son todos fenómenos demostrables y en los cuales algún papel debe jugar la situación demográfica aunque no sea la única causa.

13 .- Vale la pena intentar una explicación, altamente hipotética por la falta de investigaciones, acerca de la significación sociológica del envejecimiento y de los cambios que le han acompañado. La primera cuestión a señalar es como cambia la significación de pertenecer a un determinado grupo de edad. La edad a la que las personas se autoperceben como viejos y la sociedad también lo hace va aumentando constantemente. Esto no significa, como ya se ha explicado, que estén dispuestos a prolongar la actividad durante -- más tiempo, pero implica que redefinen su papel en la sociedad. No serán activos, pero tampoco inútiles. Y es sabido que ese cambio de la percepción hace que haya una potencialidad social muy rica en esos estratos de edad. No podría entrar aquí en el análisis de las políticas que se han sugerido para actualizarlo. Importa señalar que, más allá de -- los estrictamente jubilatorio y médico, no puede decirse que haya en el Uruguay alguna política estatal definida para tales grupos etarios. Existen intentos privados, muy positivos, pero de muy escasa cobertura poblacional.

14 .- Más que políticas inexistentes ha habido transformaciones importantes, aunque su magnitud exacta sea imposible de determinar. La muy larga crisis económica y la brutal recesión producida a partir de 1982 han tenido efectos -- muy considerables sobre la familia uruguaya. El país experimentó una caída de los ingresos reales, sobre todo de los asalariados, de una magnitud jamás conocida anteriormente, que sufrieron mermas de alrededor del 50% entre 1971 y 1984. Esto planteó, a la mayoría de las familias, la necesidad de diseñar estrategias de supervivencia. Me limitaré a señalar dimensiones de ellas. La primera, es el enorme aumento --

de la tasa de participación femenina que pasa del 29% al 45% entre 1968 y 1984. La familia, para mantener sus ingresos, aumenta el número de sus integrantes ocupados, cuestión que también afecta a los jóvenes. La segunda, más importante -- desde el punto de vista de nuestro estudio, es un fenómeno -- regresivo: el aumento del número de las familias extensas. -- El tamaño medio de la familia disminuye constantemente desde comienzos del siglo como consecuencia de la caída de la natalidad y de cambios sociales y culturales que hicieron de la familia nuclear aislada el patrón más generalizado. El promedio nacional, ya muy bajo en 1963 puesto que era de 3.76 -- disminuyó a 3.41 en el censo de 1975. La encuesta familiar de salud y las encuestas de hogares muestran que, al menos -- en Montevideo, ese proceso se detuvo e incluso se revirtió. En el censo de 1975 el promedio de Montevideo era de 3.22, en las últimas encuestas es de 3.39. Se piensa que este hecho resultaría de un reagrupamiento de integrantes del grupo familiar como parte de esas estrategias de supervivencia. En -- efecto, de esa manera se suman ingresos: de los varones y mujeres activos y de inactivos que también vieron descender en términos reales las prestaciones de la seguridad social; esos ingresos rinden más al compartir los gastos de vivienda y de preparación de los alimentos.

Estas transformaciones tienden a fortificar un papel para los grupos de más avanzada edad, el de abuelos en una dimensión especial. Puesto que con mucha mayor frecuencia el padre y la madre trabajan y son escasos los mecanismos institucionales de cuidado de los niños, son los abuelos los que asumen esa función. Y como los cambios en la significación -- de las edades aumentan la proporción de los "abuelos jóvenes", este fenómeno, regresivo en tantos aspectos, da empleo a potencialidades de la población que a veces se llama de la tercera edad. Una hipótesis fascinante, aunque improbable, es la de que puede haber numerosos casos en que se produzca una transferencia real de ingresos de las generaciones más viejas, aunque ellos sean magros, a las más jóvenes. Es posible, que abuelos jubilados destinen prácticamente el total de sus ingresos al mantenimiento del hogar extendido, reduciendo al mínimo lo que destinan a ellos mismos y abriendo así la perspectiva de que sus nietos e hijos vivan mucho mejor que lo que

las entradas de éstos les permitirían.

15.- Como en muchos países de América Latina el Uruguay conoce el fenómeno de sistemas diferentes de retiro, con financiamientos distintos y administrados por organismos diversos. Bancarios, profesionales universitarios, militares para solo citar a algunos están en esa condición y sus servicios tienen administraciones propias. No es parte del objetivo de este trabajo analizar ese problema, sino solamente señalar que salvo esas excepciones todo el resto del sistema es administrado por el gobierno central. Por diversas causas, que sería muy largo examinar, no existen fuentes de financiamiento que provengan de las rentas de inversiones hechas en el pasado por el sistema. De hecho las únicas fuentes de financiamiento de las prestaciones a los jubilados son los aportes de la actual población activa y las transferencias de rentas generales al sistema. Para tener idea de la importancia de éstas últimas basta con señalar que en los últimos años - su magnitud ha oscilado entre el 35% y el 40% del presupuesto del gobierno central. Muy recientemente ha bajado algo. En otras palabras, digamos que un tercio aproximadamente del presupuesto del gobierno central y, por lo tanto un tercio de los ingresos de éste, se dedica a tal fin. Pese a ello, dada la enorme cantidad de jubilados, los ingresos de la inmensa mayoría, son muy bajos. El gobierno democrático tuvo que otorgar aumentos especiales a las jubilaciones de menor monto para lograr que paulatinamente se acercaran al salario mínimo nacional que es, por cierto muy bajo. Si por un lado es obvio que los jubilados tienen derecho a una existencia digna, por otro es evidente que ello solo es posible con grandes transferencias de la población activa hacia ellos. Como se ha dicho antes, esto no levanta resistencias, si aquellas no sobrepasan ciertos límites. A su vez, un número tan elevado de jubilados no puede ser ignorado por su significación electoral.

Es fácil comprender que una situación de esta natura-

leza provoca grandes tensiones entre las necesidades de atender al crecimiento de la economía y las que derivan de las exigencias del sistema político. En el pasado y como pronostiqué que iba a producirse en el artículo escrito hace 30 años, el problema se resolvió de la peor manera de todas: la inflación. Manteniendo las jubilaciones nominales fijas o con variaciones menores, la inflación disminuyó la carga real hasta que, la injusticia y las resistencias sociales a esa solución llevaron a establecer que las jubilaciones deberían reajustarse para acompañar el ritmo de aquélla. De ese modo, aunque la erosión del poder adquisitivo de los jubilados continúa puesto que los reajustes se otorgan periódicamente en función de la inflación ya ocurrida, la carga real está mucho más cerca de la nominal que en el pasado. A su vez, como el Estado no tiene ingresos suficientes para financiar sus egresos constituidos, en buena parte, por el gasto a financiar las jubilaciones, el déficit fiscal es permanente y como tal causa también permanente de inflación.

Todo esto permite comprender las razones por las cuales el problema jubilatorio está siempre en el centro del debate entre los partidos políticos.

Ese debate permite constatar un hecho interesante que, paradójicamente, es una omisión. Se ha insistido y se continúa insistiendo en que el enorme aumento del gasto militar y policial previo y concomitante al llamado "proceso cívico-militar", junto con el pago de los intereses de la deuda externa, impone límites insuperables al propósito, compartido por todos los partidos políticos, de aumentar considerablemente el gasto en educación y en salud tan drásticamente reducido durante aquél. Esto es evidente. Pero es también cierto que las transferencias a la seguridad social, cuyo monto es más del doble que el gasto de Defensa-Policía, y un poco mayor, incluso, que éste más los intereses de la deuda, también trazan un límite, cosa que nadie señala directamente.

Cuando mucho el Poder Ejecutivo sostiene que para calcular el porcentaje que en el presupuesto tienen educación y salud deben sustraerse de su total las remesas por intereses de la deuda y las transferencias a la seguridad social,

sobre todo cuando se compara con el pasado, cuando ambos no existían o tenían muy poca entidad.

De todos modos la omisión dice mucho sobre el estado de la conciencia colectiva en la materia. La deuda externa y el gasto militar-policia1 pueden (más bien se diría que deben) ser responsabilizados por el bajo gasto en educación y salud, pero ello no puede ocurrir con las transferencias a la seguridad social, pese a que ellas introducen una rigidez de por lo menos igual magnitud que los primeros. En --- otras palabras, la omisión es otro hecho que demuestra que el derecho de los jubilados a percibir remuneraciones razonables es percibido como justo por la sociedad.

16.- Si las consecuencias económicas y sociales del envejecimiento son tan importantes, no menos lo son las políticas. En el Uruguay tienen derecho de votar todos los ciudadanos, hombres y mujeres, que hayan cumplido 18 años el día de las elecciones. Ese derecho dura mientras vivan. Pero además, el voto es obligatorio. Ahora bien sobre la población de 18 años y más los mayores de 60 años eran el 21.1% en 1975 o sea uno de cada cinco electores tenían esa edad o más. Alrededor de 1 de cada 6, tenía 65 años o más. No es necesario agregar ningún comentario para comprender la importancia de esos grupos etarios en el cuerpo electoral. Ya se ha señalado un efecto más obvio, la necesidad que todos los partidos políticos tienen de contemplar las aspiraciones de los jubilados, parte central de ese grupo.

Existe otra consecuencia de importancia política mayor: la distribución de los votos entre los partidos políticos presenta características especiales en los grupos etarios.

Las encuestas de opinión coinciden siempre al respecto. El voto en favor del Frente Amplio que reúne a los -- partidos que se consideran de izquierda disminuye notablemente sus porcentajes en los grupos etarios más viejos.

A la inversa, la proporción de votantes por el Partido Colorado crece fuertemente en las edades más altas. Todo parece indicar que hay un efecto neto de la edad, cuando se controlan otras variables como los niveles de educación formal que, cuanto más altos, más los

que los poseen se inclinan por el Frente Amplio. Como en los grupos de edades mayores los niveles de instrucción son más bajos cabe preguntarse si la distribución del voto de los de edades mayores se explica por la edad o por los niveles de instrucción. Sin duda por ambos factores, pero con un efecto neto de la edad muy perceptible. Los efectos en cuanto al voto por el Partido Nacional están un poco a mitad de camino entre las diferencias que separan al Partido Colorado del Frente Amplio.

Podría emitirse la hipótesis de que, como en el futuro los grupos etarios más viejos tendrán también niveles de instrucción formal considerablemente más altos que los actuales, estas diferencias tenderán a disminuir y la distribución del voto será más similar. Sin embargo, esta hipótesis tiene tantos supuestos que no es más que una débil conjetura. Nadie puede asegurar que la relación entre nivel de educación y/o edad con el voto que se registra actualmente deba mantenerse entre otras razones porque ello supondría que el carácter de los partidos y, sobre todo, la percepción que la población tiene de ellos, no sufrirían ningún cambio de importancia.

Lo único seguro es que el porcentaje de votos de los que tienen más de 60 o 65 años irán aumentando constantemente salvo transformaciones demográficas profundas cuyo acaecimiento es poco razonable esperar. De todas maneras seguirá siendo cierto que las personas en edad activa constituirán la amplia mayoría del cuerpo electoral, en una proporción siempre superior a la de dos a uno en el largo plazo previsible.

La cuestión fundamental reside, pues, en si el problema mismo del sostenimiento de los más viejos por los de edad media puede, y con que intensidad, convertirse en un conflicto social con su traducción electoral correspondiente. Pese a todos los cambios en la situación de la mujer, a la expansión del feminismo, etc. no existen partidos femeninos, salvo la muy rara excepción de Islandia; uno de los países donde la igualdad de los sexos es más notable. ¿Podría existir alguna vez un partido de los viejos? No es imposible, pero ciertamente improbable.

Para que ello ocurriera habría que suponer que los partidos políticos existentes fueron incapaces de recepcionar, canalizar y articular las demandas de los "viejos" en cuanto tales. Dejando de lado cualquier otra consideración relativa a valores humanitarios de los partidos, el solo interés electoral lo impediría. Por más que hubiera conflictos entre las demandas de los viejos y los intereses de los de edad mediana y resistencias de éstos a atender aquellas, el hecho de que el cuerpo electoral es uno solo obliga a excluir esa perspectiva. El electorado compuesto por personas de mediana edad se divide inevitablemente entre los diversos partidos de forma tal que la distribución del voto de los viejos también es decisiva para dar el triunfo a cualquiera de ellos. Es, en definitiva absurdo decir que nunca los "viejos" serán más del 30% o el 35% del electorado y por lo tanto, los otros serán más. El aumento de su porcentaje en el electorado tiene una gran importancia porque hace imposible para los partidos desatender totalmente sus demandas, por el carácter decisivo que, en el resultado electoral total, tendría una inclinación muy mayoritaria en favor de un partido dado. Obviamente, la inversa es verdadera para el resto del electorado, pero todo permite pensar que un sistema político como el uruguayo balancearía de tal manera las demandas que, aunque el resultado pudiera ser contrario a las aspiraciones de los "viejos" nunca lo sería tanto como para que la alternativa de fundar un partido específico, condenado a no obtener votos más que dentro de ciertos grupos etarios, pudiera ser más favorable a éstos.

17.- Todas las sociedades han conocido el problema de la dependencia, es decir, la existencia de grupos que en forma total o parcial solo pueden subsistir a cargo de otros. Lo que hay de nuevo en las sociedades envejecidas es el crecimiento acelerado de grupos de edad avanzada que hacen cada vez más frecuente la coexistencia de cuatro generaciones dentro de una misma familia a la espera de que la continuación del aumento de la expectativa de vida haga bastante común a los abuelos-nietos.

Es una transferencia social de tal magnitud que respec-

to a su futuro solo caben las conjeturas. Muchos autores han estudiado las múltiples consecuencias de la corta esperanza de vida que fué lo normal durante el siglo pasado. Entre ellas, la de la asunción plena del rol de jefe de familia por varones de menos de 20 años derivada del deceso de sus padres. Ahora, los jóvenes tienen que abrirse paso en medio de generaciones adultas y viejas cada vez más numerosas.

Se plantea, aunque muchas veces no sea conciente de ello, el problema de la equidad intergeneracional. ¿Cómo se deben distribuir los beneficios y las cargas entre las diversas generaciones? La experiencia uruguaya es muy rica en la materia aunque muy poco estudiada. Se ha señalado en este trabajo que el financiamiento de las prestaciones de la seguridad social solo tiene dos fuentes, los aportes de la población activa y las transferencias de los ingresos generales del Estado. Esto se debe a que desde los fines de la década de los 40 y durante la del 50 los permanentes déficit fiscales fueron financiados con títulos de deuda, sin mecanismos de reajuste para acompañarlos a la inflación. Como es natural, cuando la importancia de ésta aumentó, la demanda privada por esos títulos fue declinando hasta desaparecer totalmente. No quedó más -- que una fuente posible para comprarlos: las Cajas de Jubilaciones que, en esa época, tenían excedentes importantes para invertir. El Estado, del cual dependían las Cajas, las obligó a comprarle al Estado los títulos que emitía para solventar sus déficits. La consecuencia fue que el Estado lo solventó a costa de la descapitalización completa del sistema de seguridad social. Las generaciones dirigentes de la época transfirieron a las actuales la total financiación del sistema. En ese sentido aquellas generaciones fueron doblemente privilegiadas: en aquel entonces -- porque con un costo político muy bajo superaron los problemas fiscales; hoy, porque beneficiarios de la seguridad social, los cuadros dirigentes de entonces tienen regímenes jubilatorios generosos que están a cargo de las nuevas generaciones.

La cuestión de la equidad se plantea generalmente respecto a las generaciones que coexisten y no al caso que se

acaba de mencionar. Numerosos estudios muestran que, como consecuencia de complejos cambios económicos, culturales y sociales ha ocurrido en Estados Unidos, por ejemplo, una gran transformación. Se ha producido una notable caída en el gasto público dedicado a los niños, paralela a una suba muy alta del destinado a los viejos. Aunque el punto ha sido controvertido parece claro que la situación corresponde al título de un reciente artículo en Public Opinion que resume brevemente la cuestión (8).

No es muy claro lo que ha sucedido al respecto en el Uruguay. Entre 1973 y 1984, durante el llamado proceso cívico-militar, el gasto en salud, educación y en programas específicos para la infancia no acompañó la expansión económica mientras esta se produjo y cuando vino la recesión cayó mucho más fuerte que el producto. El caso de educación es típico. El Producto Bruto Interno creció un 15% entre 1973 y 1984, el gasto en educación disminuyó en un 24%. El salario real medio decae de 100 a 71 y después de la recesión llega a 51. También baja el ingreso medio de los jubilados pero todo parece indicar que en una proporción menor que lo que ocurre con los activos. Posiblemente por eso la encuesta de hogares del 2do. semestre de 1984 en Montevideo, en el período en el cual la crisis fue más fuerte, demuestra que los hogares con jefes de familia de mayor edad son los que están menos representados en el estrato por debajo de la línea de pobreza y más representados en los estratos III y IV (9). Entre los jefes más jóvenes los miembros de sus hogares pertenecen al tramo más alto de ingresos, el IV, en un 10.2%, entre los adultos de edad mediana el 19.3% y entre los mayores de 50 años el 32.9%. Este es el reflejo del hecho de que la antigüedad es un factor muy importante tanto en la actividad pública como en la privada, pero también de que los ingresos de una buena parte de los jubilados eran razonables cuando se les comparaba a los bajos niveles que recibía la población activa, sobre todo joven.

Hasta que punto la cuestión de la distribución generacional de las cargas depende de opciones políticas lo muestra lo ocurrido luego de la instalación del gobierno demo--

crático. El gasto en salud y enseñanza ha aumentado considerablemente en términos reales entre 1984 y 1986, en aproximadamente un 40%. En cambio, las transferencias al sector de seguridad social han disminuído en alrededor de un 10%, aunque la carga de la población activa debe haberse -- mantenido en términos similares ya que la disminución que -- se acaba de señalar fue sobre todo posible por una mejor re caudación de los aportes de patrones y asalariados.

Nada indica que los términos del problema de equidad -- en la distribución pueda sufrir cambios importantes en el mediano plazo. El aumento constante de la esperanza de vida no produce alteración perceptible en las edades a las -- que se abandona la actividad. Las encuestas de hogares de muestran que la tasa de actividad masculina que, entre 45 y 54 años se sitúa alrededor del 95%, cae a menos del 70 en-- tre 55 y 64; la de actividad femenina que oscila alrededor del 50% entre 45 y 54 años, baja a menos del 30% entre 55 y 64 años, luego de 65 las tasas se sitúan por debajo del 10%. Las causas de este fenómeno se han explicado en otra parte de este trabajo. Lo que interesa subrayar es que si el envejecimiento de la población continúa de manera acelerada -- como ocurre y todo indica que va seguir ocurriendo y las ta sas de actividad a las edades más avanzadas no aumentan o lo hacen en una proporción mucho menor la carga de la pobla--- ción activa deberá necesariamente aumentar o la situación -- de los grupos etarios retirados empeorar. Como es obvio, -- pueden ocurrir las dos cosas, si la carga que recae sobre -- la población activa aumenta pero lo hace a un ritmo menor -- que las exigencias derivadas del aumento del número de vie- jos.

El problema se agrava porque las generaciones que en-- trarán en actividad y que tendrán que sostener una propor-- ción creciente de inactivos serán proporcionalmente menores que las actuales. Si bien es cierto que la emigración así como agravó el problema del envejecimiento hará que la ace- leración de éste disminuya un poco en el próximo futuro, es te hecho no tendrá entidad suficiente como para impedir el fenómeno del aumento de la carga sobre los activos.

No es el objetivo de este artículo examinar las diversas soluciones que se han propuesto para el problema y los cambios que se han producido respecto a él. Algunos consisten, sobre todo, en subrayar que las personas de edades avanzadas son ciudadanos como cualquier otro grupo etario, con los mismos derechos a ser tratados con la consideración y el respeto debido a su dignidad de tales. El cambio de la expresión "viejos" por "tercera edad", por ejemplo, simboliza bien el pasaje de un calificativo que se considera como implicando al menos un cierto desdén, por otro que traduce una valoración positiva. Ya no hay más "asilos de ancianos" solo hay "hogares de ancianos" o "hogares para personas en la tercera edad". Esos cambios son positivos y si he utilizado muchas veces en este trabajo la expresión "viejos", que por cierto se me aplica, es porque para mí no tiene ninguna significación valorativa de carácter negativo. Pero si esos cambios son positivos no creo que convenga exagerar su importancia. No es necesario para compartir este punto de vista recordar el hecho, tan frecuente, de que muchos "hogares para personas en la tercera edad" son exactamente las mismas instituciones, que funcionan de la misma manera, que cuando se llamaban "asilos de ancianos". Lo decisivo es -- que si estos cambios implican una cierta transformación en las actitudes de las generaciones jóvenes e intermedias en nada o en casi nada alteran el problema de fondo, la equidad en la distribución de las cargas que provocan los grupos dependientes.

Tan es así que todos los que han examinado el problema piensan en la necesidad de otras soluciones como las de prolongar, aunque sea parcialmente, la vida activa en tareas productivas adaptadas a las condiciones de las personas según su situación etaria. En teoría, no hay nada que impida concebir una vida activa aunque sea parcial hasta los 75 años. La cuestión es que, aun dejando de lado las creencias colectivas sobre la edad a la que se tiene el derecho al retiro, es muy complejo visualizar como se llevan a la práctica esas soluciones. Si no hay, por ejemplo, ocupación plena y las tareas parciales son percibidas como egen-

drando desocupación el conflicto con las generaciones intermedias puede empeorar.

Las políticas estatales en la materia son, pues, muy difíciles de diseñar. El peor peligro que las acecha es la cantidad de mitos que existen sobre la cuestión y, en el caso del Uruguay al menos, la notable ignorancia sobre los términos en que se plantea. Lo razonable es pensar que las políticas respecto a los grupos etarios por encima de los 60 o los 65 años deben ser una parte, importante sin duda, pero una parte al fin de una política más general que se planteen que medidas, mantenidas sistemáticamente, podrían "rejuvenecer" a la población uruguaya o, al menos, desacelerar el envejecimiento.

A su vez, para trazar esa política general, sería necesario contar con investigaciones sobre muy diversas materias que no existen. Sabemos, por ejemplo, que la natalidad ha disminuido hasta límites extraordinariamente bajos. De hecho, la reproducción poblacional, está esencialmente a cargo de los estratos inferiores de la sociedad que mantienen tasas de natalidad que sin ser altas, están bastante por encima del promedio. Sabemos, también, que se ha producido un notable aumento de la tasa de divorcio, como de la de nacimientos ilegítimos, en tanto que la nupcialidad tiende a disminuir. En cambio, ignoramos totalmente cuales son los fenómenos profundos que están detrás de esos indicadores. Como tales, son los mismos que es dable observar en la sociedad norteamericana. Allí, numerosas investigaciones parecen demostrar que responden a un cambio cultural profundo que, entre otras cosas, implica una transformación notable en la valoración de los niños. Los porcentajes de personas que consideran que estos son la mayor fuente de felicidad y de aquellas que piensan que no tener hijos es la mayor frustración posible disminuyen en proporciones enormes. Todo indica que se marcha hacia una cultura "selfish", en la que la afirmación de la individualidad se acompaña de un gran esfuerzo por eludir los compromisos a largo plazo. Es obvia la importancia que estos cambios tienen para el futuro y sobre todo para el problema de la equidad en la distribución de la carga entre las generaciones dependientes. Lamentablemente nada podemos conjeturar acerca de que es lo

que da cuenta, en la sociedad uruguaya, de los fenómenos que se traducen en esos indicadores tan análogos a los de la norteamericana. Sería abusivo trasladar sin más esas hipótesis, como también lo sería descartarlas.

Pero nuestra ignorancia en estas materias, hace muy problemática la posibilidad de diseñar políticas racionales como también que, si es que un trabajo como el presente, con gran optimismo, es mirado como una contribución a la formulación de políticas no puede pasar de ser, ciertamente, un aporte muy pobre.

N O T A S.

- (1) United Nations. The Population of South America. 1950-1980. New York. 1955.
- (2) Alan Pifer and Lydia Bronte (Eds.) Our aging society. Paradox and Promise. N.W. Norton and Co. New York - London. 1986.
- (3) Aldo E. Solari y Rolando Franco. La Familia en el Uruguay en Cuadernos de Ciencias Sociales y en Man Singh Das y Clinton Jesser (Eds). The Family in Latin American, Págs. 46-83. Vitas, Publishing House. New Delhi. 1980.
- (4) R. Lesthaege. "On the social control of human reproduction" en Population and Development Review. Dec. 1980. Págs. 527-548 y "A Century of Demographic and Cultural Change in Westerns Europe: An Exploration of Underlyng Dimensions" en la misma Revista, Sept. 1983 Págs . 411-435.
- (5) Jean Daric. Viellissement de la population, besoins et niveaux de vie des personnes agées en Population 7ème Année. 1952.
- (6) Corrado Gini. Le pourcentage des vieillards en Etudes Européennes de Population. I.N.E.D. Paris 1954. Pag 65.
- (7) Alan Pifer. The Public Policy response en Alan Pifer y Lydia Bronte (Eds.) citado. Pág. 402. El tercer cuarto de vida, situado actualmente entre 50 y 75 años, sería un período de actividad declinante, pero siempre de actividad productiva.
- (8) Leslie Lenkowsky. Why Growing Old is Getting Better. Public Opinion. May-June 1987. Pág. 46-47.
- (9) Cepal. La reproducción biológica y social de los hogares de Montevideo. Trabajo presentado a la Reunión sobre Políticas Sociales, Transformación y Desarrollo realizado en Montevideo. 30 de junio al 3 de julio de 1987.

## C U A D R O I

TASAS DE ENVEJECIMIENTO  
SEGUN LOS CENSOS

	1963	1975
60 años y más	11.6%	14.3%
65 años y más	7.6%	9.8%
60 años y más varones.	10.9%	13.2%
65 años y más varones	6.9%	8.8%
60 años y más mujeres	12.3%	15.5%
65 años y más mujeres	8.3%	10.8%

## C U A D R O    I I

Coeficientes de crecimiento de los  
 grupos etarios entre los censos de 1963 y 1975  
 (Coeficiente de crecimiento de la  
 población total 1.074) (1)

Edades	Coeficientes
0 a 4	1.0009
5 a 9	0.9687
10 a 14	1.1281
15 a 19	1.1371
20 a 24	1.0491
25 a 29	1.0011
30 a 34	0.8796
35 a 39	0.9257
40 a 44	1.0836
45 a 49	1.2045
50 a 54	1.1117
55 a 59	1.1149
60 a 64	1.2273
65 a 69	1.3148
70 a 74	1.3881
75 a 79	1.4169
80 a 84	1.4292
85 a 89	1.5411
90 y más	1.4511

(1) En el censo de 1963 no existe información sobre la edad para un 0.88% de la población. A los fines de este --- cálculo, el mismo se ha distribuido por igual entre los grupos etarios.





